

LAS CUENTAS DEL ROSARIO

Terlengiz.

El origen histórico del rosario se remonta a la Edad Media, una época en que las oraciones normales eran los salmos. Pero por entonces muchas personas no sabían leer, lo que les impedía participar en los salmos bíblicos. Por eso se buscó un salterio para ellas, y se halló en la oración a María con los misterios de la vida de Jesucristo ensartados a modos de perlas en un collar.

Afectan al que reza de una forma meditativa, en la que la repetición tranquiliza el alma, y aferrarse a la palabra, sobre todo a la figura de María y a las imágenes de Cristo que pasan ante uno mientras tanto, sosiega y libera el alma y le concede la visión de Dios.

De hecho, el rosario nos integra en ese saber primitivo en que la repetición significa una forma de adentrarse en el ritmo del sosiego. Lo que importa no es tanto seguir con esfuerzo cada palabra de manera racional, sino todo lo contrario: dejarse llevar por la calma de la repetición, por lo cadencioso. Máxime teniendo en cuenta que no son palabras vacías. Traen a mis ojos y a mi alma grandes imágenes y visiones y, sobre todo, la figura de María y a través de ella la de Jesús.

Joseph Ratzinger
Dios y el Mundo.

Este año, en mi parroquia hemos cambiado de párroco, con lo que ahora sólo tenemos Eucaristía los Domingos, con el anterior teníamos tres días entre semana.

Aprovechando el mes de Mayo y la costumbre de dedicarlo a la Virgen, hemos iniciado la costumbre perdida hace muchos años de rezar el Rosario al caer de la tarde.

Somos un pequeño pueblo, y claro en la Iglesia nos juntamos media docena mal contada, estos días mientras deslizaba las cuentas del Rosario entre mis dedos, no he podido evitar mirar a esas ancianas que tengo sentadas frente a mi, veo sus rostros arados por mil soles inclementes, son un libro en el que llevan escrita toda una vida dedicada a trabajar de sol a sol.

Y recuerdo con ellas los días en que al caer de la tarde mientras las campanas de la Iglesia tocaban el Ángelus, dando por terminada la jornada de trabajo, al amor de la lumbre en la cocina de la casa, se reunía toda la familia para rezar el Rosario, como dice el Santo Padre, en el texto que encabeza esta reflexión, era el rato del sosiego, se descansaba de una larga y dura jornada de trabajo, y con esa tremenda sencillez de los pobres de Espíritu, se desgranaban las cuentas del Rosario.

Hoy las familias ya no se reúnen ni para cenar, no hay un momento de sosiego al caer la tarde para todos juntos orar un rato y calmar el alma.

Soy un poco pesado para rezar el Rosario, hago las oraciones lentamente, masticando las palabras, intercalo silencios, orando sin ninguna prisa, intentando que como el orvallo, la palabra cale en el corazón, que no sea un torrente que resbala arrastrándolo todo sin empapar la tierra.

A algunos el Rosario les aburre, les parece que eso de repetir incansables avemarías y padrenuestros, no tiene demasiado sentido, no se, yo en mis largos años de Sacristán en distintas parroquias he rezado cientos, si no miles de Rosarios y sobre todo al rezarlo con la gente más humilde, mas pobre, es como he llegado a entender su sentido. Puedo decir que los pobres, los analfabetos en la fe, la gente mas sencilla, me han enseñado a rezar el Rosario y unas cuantas cosas mas.

Gente como esas abuelas que tarde tras tarde, se sientan en la Iglesia y suavemente van desgranando misterio tras misterio, dejando que la paz llene su corazón.

No saben una palabra de Teología, nunca abren la Biblia en sus casas, su fe se reduce a un puñado de verdades que les enseñaron en los lejanos días de su infancia, se aferran a la esperanza de que si no hacen daño a nadie, no se portan mal del todo y procuran hacer cuanto bien puedan, Dios no será muy duro con ellas y les dejará entrar en su Paraíso.

Si les hablas de que Dios les ama con ternura, que sólo espera de ellas que le amen, se quedan a medias con el mensaje, a Dios hay que amarle, claro, pero con santo Temor, ahora eso de que nos ama y con ternura, eso ya es harina de otro costal. De Dios esperan cualquier cosa, menos ternura, Dios es Justo, Dios es Bueno, pero sobre todo Dios es Juez, y el día en que nos toque comparecer ante El, es ante todo el día de ajustar las cuentas, no el día de llegar por fin a Casa.

Y sin embargo, el Rosario, nos sitúa precisamente lejos de esa imagen de Dios Juez justo y tremendo, que el día de la Ira ajustará cuentas con cada uno y ya nos podemos ir preparando, pues a ver quien es justo ante Dios.

Al meditar los misterios del Rosario, entramos en otra dinámica diametralmente opuesta, descubrimos el Rostro de Jesús, en poderosas imágenes, que llenan nuestras retinas y nuestra alma, un Jesús que viene de la mano de su Madre, que desde el día en que nos la entregó al pie de la Cruz, es también nuestra Madre.

María, es la ternura de Dios hecha carne, hecha persona, es la ternura de Dios a la que podemos poner rostro, María nos abre las puertas del misterio de Dios, María nos trae la paz que disipa todo temor.

Cada vez que repetimos el anuncio del Ángel, cada vez que humildemente le decimos ruega por nosotros los pecadores..., estamos abriendo nuestro corazón al Dios de las promesas, al Dios que nos amó hasta la locura de la Cruz, al Dios inmensamente grande que los cielos no pueden contener, que se hizo inmensamente pequeño para venir en el seno de un mujer sencilla, una pobre de Israel, y pobre en todos los sentidos de ese término.

Y repetirlo una y otra vez, no sólo no aburre, sino que esponja el corazón y prepara la tierra para la recibir la semilla de la Palabra, que se nos anuncia en cada misterio.

Mi párroco me preguntaba el Domingo pasado, si merecía la pena dedicar todas las tardes un rato, para que al final a la Iglesia acudan cuatro abuelas, le contesté que esas cuatro abuelas, me estaban enseñando una hermosa lección, algo que mi cerebro ya conocía, pero que tal vez mi corazón aún no se había enterado, y es que Dios no es amigo de grandes teofanías, Dios es un Dios que habla en el silencio, que actúa como las raíces de los árboles, siempre oculto, pero imprescindible, como el aire que respiramos, ¿quién es consciente del aire? Nadie, salvo cuando nos falta, y nos asfixiamos, sin Dios también nos asfixiamos, aunque a veces ni siquiera sepamos por qué se nos muere el alma.

Estas abuelas me recuerdan el Evangelio; Te doy gracias Señor de cielo y Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. (Mt 11,25).

Cada vez que deslizo las cuentas del Rosario entre mis dedos, siento en mi corazón una inmensa ternura por este pueblo de Dios, sencillo y pobre, que aunque no lo sepan, son los herederos del Reino, ellas que se han pasado la vida dedicadas a trabajar por los demás, a sacar adelante la familia, que cuando todos se iban rendidos a la cama, se quedaban para preparar la comida del día siguiente, o lavar la ropa o plancharla, o a reparar las mudas, cuando no había dinero para tener tres docenas en el cajón, y como mucho con un par de ellas había que ir tirando, repasando una y otra vez los agujeros y el desgaste. Y aún sacaban tiempo para tejer una bufanda o el jersey para el duro invierno, estas mismas abuelas que ahora en la tarde de su vida, vencidas por el trabajo y el cansancio, se sienten un estorbo y una carga, porque ya no pueden trabajar como antes, por que ya no ven para enhebrar la aguja para zurcir las mudas, porque sus dedos rígidos no pueden sostener las agujas para tejer las bufandas que abriguen las gargantas de sus nietos en el crudo invierno.

Siento ganas de gritarles, venid a mi las que estáis cansadas, entrad en el Reino que tengo preparado para vosotras desde antes de crear el mundo.

En las cuentas del Rosario, he vuelto a descubrir la esencia del Evangelio, la esencia del Amor de Dios que se nos entrega como alimento para el camino.

En las cuentas del Rosario, he vuelto a ver el Rostro de Dios, hecho niño en la gruta de Belem, adolescente en el Templo, Hijo de Dios en la Trasfiguración, Rey de Reyes en la Cruz, Redentor en el Sepulcro vacío, un Dios que viene no entre nubes, acompañado de truenos y miles de ángeles, sino en el seno de una mujer como tantas, sencilla trabajadora, humilde, pobre, una mujer, que sin entender casi nada, acepto ser Madre, no sólo de Dios, sino de toda la humanidad, de todos nosotros.

Ojalá al deslizar las cuentas del Rosario, nos empapemos de su dulzura y su entrega, callada, silenciosa, eficaz, y aprendamos a imitarla.